



8



Y. PESTIS y M. PARETS



La entrada a la capilla gótica de Santa Ágata, comisionada por el rey Jaime II en 1302 como parte del Palau Reial. Era aquí donde se mantenía el pan sagrado que era recogido por los curas que iban por la ciudad dando la extrema unción a los moribundos en la epidemia de peste de 1651-1654.

Los humanos hemos tenido que lidiar con epidemias desde que abandonamos el estilo de vida de caza y recolección. Este capítulo nos lleva a la Barcelona del siglo XVII y los horrores de la peste bubónica...

...para mí no hay diferencia alguna entre mis días ya pasados y los lejanos días de Noé sobre los que he oído. No tengo nada en el mundo, solo el momento en el que estoy: se detiene por un instante, y luego, como una nube, se mueve.

Samuel ibn Naghrillah (HaNagid), visir del rey de Granada, al llegar a los cincuenta años de edad en 1043 d. C.

8

Y. PESTIS Y M. PARETS

I

El organismo que produce la peste bubónica es una bacteria llamada *Yersinia pestis*, en honor del bacteriólogo franco-suizo Alexandre Yersin. En otro ejemplo de migración este a oeste, como el oso pirenaico, *Y. pestis* vino por primera vez a Europa desde Asia oriental o central. Cuando llegó a la costa mediterránea occidental en diciembre de 1347 se extendió en seis meses por la mitad oriental de España, la mayoría de Francia, Suiza, Italia y el este a través de los Balcanes. En seis meses más se había trasladado a través de gran parte de Inglaterra, y causado estragos en Europa Central desde Bélgica hasta casi Bucarest. Decenas de millones de europeos murieron en esta primera “gran mortandad”.

Por su parte, el Dr. Yersin hizo exactamente la migración contraria, rechazando las comodidades de la vida como investigador en una ciudad occidental moderna y viajando hacia el este desde París en 1890 para trabajar en el Instituto Pasteur en Saigón. Yersin era un solitario que nunca usó su nombre de pila, evitó las reuniones científicas y organizó varias expediciones a la selva, prefiriendo enfrentarse no sólo a las enfermedades tropicales sino también a los nativos indeseables, serpientes venenosas, elefantes y tigres. En 1894 se le pidió que investigara la epidemia de peste neumónica de Manchuria en Hong Kong y durante este estudio identificó el bacilo responsable de la enfermedad. Al estudiar los enormes hinchazones de los ganglios linfáticos conocidos como bubones, observó que "la pulpa del bubón estaba en todos los casos llena de un espeso puré de bacilos cortos y gruesos con extremos redondeados".

Yersin también demostró que la bacteria puede infectar roedores, así como primates, y anunció su trascendental descubrimiento el 20 de junio de ese año. Casi al mismo tiempo otro formidable científico, el bacteriólogo japonés Kitasato Shibasaburō, también trabajando en Hong Kong, hacía la misma observación. Aunque se le negó la gloria de tener su nombre asociado para siempre con la peste negra, la carrera del barón Kitasato-san está honrada al menos por dar nombre patronímico a otro género bacteriano, *Kitasatospora*.

Una sola pulga infectada, traída en la ropa o manta de otra persona, puede llevar al desastre. La pulga ha ingerido *Y. pestis* mientras se alimentaba previamente de una rata negra infectada. En una adaptación macabra pero ingeniosa, la bacteria se establece en el sistema digestivo de la pulga y bloquea el flujo de sangre del huésped. Lo hace mediante la producción de un revestimiento viscoso (una "biopelícula") que da como resultado el crecimiento de un bloqueo de bacterias y sangre coagulada alrededor de la válvula conocida como proventriculus, en la base del esófago de la pulga. Este

mecanismo, revelado en un estudio clásico de investigación por Bacot y Martin en 1914, vuelve loca a la pulga. Incapaz de satisfacer su sed de sangre, intenta repetidamente alimentarse, regurgitando sangre bloqueada que contiene bacterias infecciosas en los mamíferos anfitriones con cada intento. Cuando no hay ratas disponibles, los seres humanos se convierten en un objetivo para la desesperada pulga. Un informe sobre este descubrimiento científico, publicado en el periódico neozelandés *Nelson Evening Mail* el viernes 1 de mayo de 1914, y titulado *Ratas y Peste*, concluye con ironía que "en general una pulga una vez infectada tiene muy pocas perspectivas de ser feliz".

II

Hay un gran número de pulgas infelices en España en los últimos años de 1640. El problema comienza en junio de 1647 cuando un barco de Alger infectado de peste atraca en Valencia. Los primeros casos notificados ocurren en el barrio de Russafa, después de lo cual la enfermedad se cuece a fuego lento durante el verano para explotar en septiembre. A pesar de los mejores esfuerzos del virrey de Valencia para negar la realidad de la epidemia, en octubre atraviesa la ciudad y está en el proceso de matar a más de dieciséis mil personas. Es una enfermedad de pobres: aquellos con dinero y conexiones dejan la ciudad tan pronto como pueden.

A principios de 1648 lo peor ya ha pasado en Valencia, pero la infección se extiende al suroeste produciendo similares epidemias catastróficas en Málaga y Sevilla. Durante el invierno de ese año la plaga se extiende también hacia el norte, afectando el pueblo fronterizo de Ulldecona, pero el resto de Cataluña se salva del contagio. Aquí hay mayor preocupación con la lucha continua entre el ejército franco-catalán y el rey español, todavía en guerra siete años después de la batalla de Montjuïc.

La guerra de los Segadores se ha estancado de hecho, aunque la veleta está girando sutilmente a favor de la corona castellana. La expulsión francesa de todos los obispos catalanes es muy impopular; el odiado Olivares ha muerto, y Cataluña es una zona de guerra devastada. Definitivamente es otro caso de "de Guatemala a Guatapeor" para aquellos que anhelan un poco de paz y estabilidad. Además, por fin hay algún signo de reconciliación y respeto desde el rey en Madrid. Después de reconquistar la ciudad catalana oriental de Lleida, el rey sabiamente ha acordado respetar la constitución catalana, mejorando su imagen entre muchos catalanes cansados de la guerra. Y los franceses tienen problemas en casa donde las cosas están empeorando para Luis XIV, con una guerra civil a punto de estallar.

Pero aun a comienzos de 1648 las tropas franco-catalanas siguen en modo ofensivo y deciden atacar Tortosa, tal vez como venganza por la traición en su entrega con tanta facilidad al rey español en 1640, y para borrar la vergüenza del fallido ataque franco-catalán contra la ciudad en mayo de 1642. El general Josep d'Ardena de Sabastida está particularmente interesado en la conquista. A estas alturas, con treinta y siete años es un mando veterano de los primeros combates, incluyendo la gloriosa victoria en Montjuïc donde luchó bajo el mando de Serignan, y sigue siendo el hombre a cargo de la caballería catalana. Su antipatía hacia la corona española es tal que toma la nacionalidad francesa después de la guerra, y morirá con las botas puestas en 1668, luchando lejos en Rosellón durante una década de rebelión campesina catalana contra los impuestos franceses: la revuelta de los Angelets, repitiéndose la historia al otro lado de los Pirineos.

Tortosa, en una posición estratégica cerca de la boca del delta del Ebro y próxima a la frontera valenciana, es la quinta ciudad más grande de Cataluña, pero en 1648 no está lo suficientemente preparada para defenderse de una ofensiva seria. Por el contrario, el ejército atacante franco-catalán

dirigido por el general Jean-Gaspard Ferdinand de Marsin, al igual que el Gran Viejo Duque de York, cuenta con diez mil hombres. De Marsin tiene tanto la experiencia como el estómago para hacer el trabajo de manera eficiente. Su posición en el asedio no es sofisticada, implicando la demolición de las murallas, golpeándolas con fuego de artillería durante una semana, después de la cual la ciudad es tomada el 12 de junio de 1648 sin más lucha, mientras gran parte de la población se aglomera dentro de la catedral. Al principio De Marsin acepta prohibir el saqueo, pero luego hay una terrible explosión en frente de la catedral y muchos soldados franceses mueren. "¡Traición!", grita el general furioso, "¡No hay acuerdos!" Se pierde el control y el pillaje comienza cuando las tropas tienen rienda suelta, una de las primeras víctimas es el obispo local Joan Baptista Veschi. Iglesias y conventos se incluyen como objetivos, y no es un buen momento ni lugar para ser mujer. Este será el último compromiso francés importante en la guerra de los Segadores al sur de los Pirineos, pero no es una victoria heroica, a pesar de que se reciba con gran satisfacción en Barcelona.....

V

.....en 1649, apenas un año después de la subyugación de la ciudad, las cosas no tienen buena pinta para el número en disminución de catalanes que todavía se oponen al rey español. A mediados de octubre, el general castellano Juan de Garay Otáñez, marqués de Villarrubia de Langre, ha atacado ya desde Lleida con un grupo de fuerza similar al que está bajo el mando del general De Marsin, entrando profundamente en Cataluña hacia la costa a menos de cincuenta kilómetros de Barcelona.

Como respuesta a los avances de Garay, Josep d'Ardena es enviado a cruzar el Ebro y tomar el control de la lucha desde Tortosa al reino de Valencia. Su caballería, de más de dos mil hombres complementada con las tropas francesas,

crucza la frontera catalana más allá de Ulldecona el 31 de octubre, decididos en su acción punitiva. Una pronta confrontación, a doce kilómetros de la frontera, tiene lugar a principios de noviembre en Traiguera, donde una fuerza opositora de unos pocos cientos de soldados es superada. Desde aquí siguen en dirección sur y oeste a por el premio de Sant Mateu, capital histórica de esta rica parte de España conocida como el Maestrat. A lo largo de la ruta una serie de pueblos sucumben fácilmente: el cercano de Sant Jordi, seis kilómetros después es saqueada la extrañamente abandonada aldea de Càlig, y en otros diez kilómetros la pobre La Jana que es completamente desvalijada. Un corto desvío hacia el norte permite a Canet de Roig recibir un tratamiento similar antes de llegar d'Ardena a las puertas de Sant Mateu.

Inesperadamente, la campaña ofensiva se detiene en seco en Sant Mateu, donde una decidida defensa de la ciudad a cargo de una pequeña fuerza comandada por el barón de Seebach obliga a los catalanes a regresar. Después de ventilar su frustración destructiva en los pueblos cercanos de Xert y Salsadella, el rumor de la llegada de refuerzos castellanos por mar convence a d'Ardena de regresar a Cataluña. Su campaña se desvanece el 19 de noviembre, pero para entonces el daño ya está hecho. Habían entrado en una zona de peste. Pueblos tales como Traiguera y Càlig, y la ciudad de Sant Mateu, habían sido infectados el verano anterior con la virulenta peste bubónica valenciana, y muchos habitantes han muerto o huido mucho antes de la llegada de las tropas catalanas. En su crónica de la epidemia, Miquel Parets lamenta la estupidez de las tropas que robaron y comerciaron indiscriminadamente con ropas durante la lucha de d'Ardena en territorio enemigo infectado.

VI

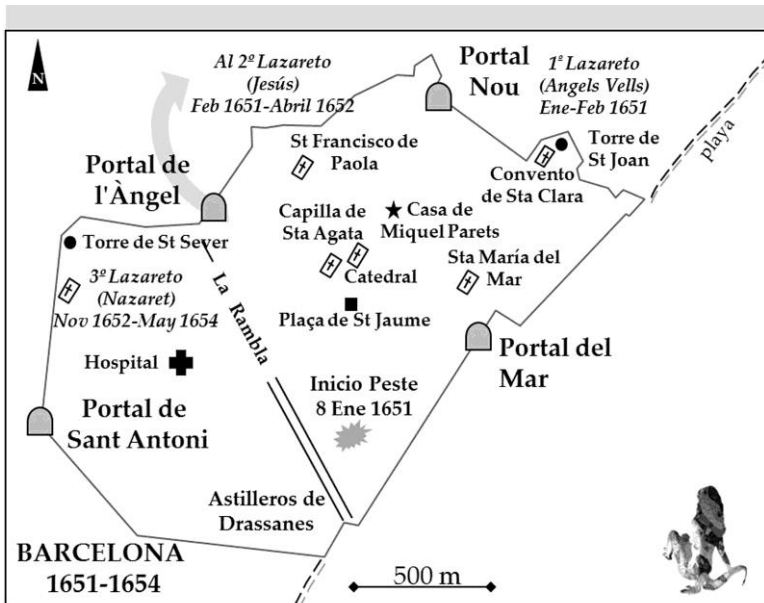
En enero de 1650 *Y. pestis* hace su entrada triunfal en Tortosa y produce una grave epidemia. En abril, en un acto de desesperación, el gobernador francés Monsieur de Launay ordena a los que aún quedan la evacuación, para que la ciudad sea limpiada y quede completamente vacía hasta septiembre. Para entonces alrededor de un cuarto de la población, más de mil doscientas personas, han muerto. Los que sobreviven para ver el día, el 4 de diciembre de ese mismo año, y para la inmensa desesperación de Barcelona, presencian como las tropas castellanas lideradas por el marqués de Mortara retoman la ciudad a los franceses. Mortara había tomado el mando de las fuerzas castellanas tras la inesperada muerte del general Garay en abril. Con las tropas del rey español ahora de nuevo en control del Ebro, para Tortosa al menos el horror combinado de la peste y la guerra ha terminado.

No es así para Barcelona. A principios de 1650, temerosa de lo que puede pasar, la capital catalana manda al médico de la peste Marzo Xelpi y al cirujano-barbero señor Matas a Tortosa con el fin de determinar si la epidemia es realmente la peste. Los dos hombres son pagados generosamente por sus servicios, pero para evitar el duro camino por la montaña eligen insensatamente una ruta más fácil cerca de la frontera y son capturados por guerrilleros enemigos, que piden un rescate. Protestando energéticamente en favor de los intereses generales de la salud pública, la ciudad se ve forzada a pagar una cantidad inasequible de ducados de oro por la vuelta segura de su equipo médico. Un segundo médico, el doctor Vileta es enviado a Tortosa el 23 de marzo de 1650, y regresa de forma segura para informar que es realmente la plaga. Todo el comercio con el valle del Ebro es inmediatamente prohibido, y con el fin de controlar la entrada en la ciudad sólo cuatro puertas (Sant Antoni, l'Àngel, Nou y Mar) en Barcelona permanecen abiertas.

VII

Llega la noticia de que la plaga ya está en Tarragona, y se toma la decisión de reforzar los controles sobre la inmigración, dejando abiertas solamente las puertas de la ciudad al norte (Portal de l'Àngel) y sur (Portal del Mar). Esto, sin embargo, resulta poco práctico al concentrarse tantas mulas, carros y gente en estos puntos de acceso que se hace imposible para los guardias mantener el orden. A regañadientes, se regresa a la solución de cuatro puertas de acceso hasta que llegan malas noticias de nuevo a principios de junio, esta vez desde Sant Pere Pescador en el noreste de Cataluña donde la enfermedad ha llegado por barco, probablemente desde Tarragona. Luego, aún más cerca, hay rumores de que Girona está infectada.

El doctor Vileta es enviado a Girona, pero informes confusos desde allí indican que los médicos están en desacuerdo, por lo que el embargo comercial inicial entre las dos ciudades es levantado. Miquel Parets comenta que es un gran milagro de Nuestro Señor que la enfermedad no entre en Barcelona en ese momento porque muchas personas sabiamente corren a la ciudad desde Girona. Pero el caso de la peste se fortalece cada día, y la ambivalencia del doctor Vileta no hace nada por aclarar la opinión popular, de manera que en julio dos expertos más, en este caso el doctor Argila y el cirujano-barbero Jaume Texidor, son enviados a Girona para terminar con esta incertidumbre. Informan que es plaga sin duda, y además una cepa muy virulenta, con cerca de doscientas personas muriendo cada día en Girona. Para empeorar las cosas, esta primavera ha visto otra sequía y el precio del trigo sube en espiral. Para agosto, el trigo se ha duplicado en precio y hay amenazas de disturbios de aquellos que no pueden acumular grano. Parets, entonces con cuarenta años, escribe: "Tuvimos en Cataluña las tres plagas más grandes que Dios puede infligir a un pueblo, a saber, hambre, enfermedad y guerra".



La ciudad medieval de Barcelona durante la epidemia de peste que comenzó en 1651. El inicio oficial de la peste el 8 de enero de 1651 ocurrió cerca de La Rambla en la calle Nou de Sant Francesc que desciende hacia el puerto desde la Plaça Reial. Todas las entradas a la ciudad estaban cerradas, aparte de las cuatro mostradas en el mapa (y algunas veces también). Los dos primeros lazaretos se mantuvieron fuera de las murallas de la ciudad, aunque durante el resurgimiento final de la epidemia en 1653 se utilizó el Convento de Nazaret.

VIII

Pere Josep Oleguer Miquel Parets, nacido el 7 de marzo de 1610 de Miquel y Catalina, era el mayor de seis hermanos. La familia regentaba una empresa de curtido establecida desde hacía mucho tiempo en el distrito marítimo de Santa María del Mar, el comercio pasó de padre a hijo durante sucesivas generaciones. Su padre, miembro de alto rango del gremio de curtidores que sirvió como tesorero y luego intendente, murió en 1631, dejando a Miquel hijo el mantenimiento de la

tradición familiar. En 1633, asumiendo sus responsabilidades para continuar la dinastía, el joven Miquel se casó con María Roure, la hija huérfana de una familia antes importante en Vic, ahora viviendo como criada en el carrer del Carme al otro lado de la Rambla. Tuvieron un hijo pero no sobrevivió mucho tiempo después del nacimiento, y la misma María murió en el verano de 1636, probablemente de tuberculosis.

Al año siguiente Miquel volvió a intentarlo, casándose con Elisabet Mans, la hija de Eulàlia y Joan, una familia de ricos agricultores en la llanura de piedemonte de Barcelona en Sarrià. Este matrimonio tendrá siete hijos, cuatro de los cuales sobreviven. Tres hermanos, Miquelo (nacido en la primavera de 1639), Josep (nacido el verano del año siguiente), y Gabrielo (que llega siete años después), y la pequeña Anna María quien, en medio del pánico de la plaga del otoño de 1650 está todavía en su tierna infancia.

Ya hay rumores inquietantes en diciembre, pero a principios del siguiente mes sucede lo peor. Parets escribe cómo el domingo 8 de enero de 1651, en la casa de un ciego llamado Martín de Langa, su esposa y una niña enferman y mueren, y las personas en contacto con ellas también enferman. Los concejales de la ciudad visitan de inmediato la casa esa noche y envían a los enfermos al convento dominico de los Angels Vells, el primer lazareto, situado justo fuera de las murallas de la ciudad en lo que en tiempos modernos se convertirá en el Parque de la Ciutadella.

Aquellos que no están obviamente enfermos pero que han estado en contacto con las víctimas son puestos en cuarentena en las dos torres de Sant Sever y Sant Joan, las casas son fumigadas y limpiadas, y la ropa quemada. La rapidez de la respuesta sin embargo, es frustrada por algunos de los procesos de limpieza cuando se roban artículos, incluyendo ropa, de las casas infectadas. Parets comenta cómo en tales situaciones siempre hay personas malas que causan problemas.

La culpa de la infección inicial recae sobre un hombre llamado Campderrós, previamente un prisionero y un comerciante cargado de deudas en el mercado de Born, que llega al Hospital General con bubón. Ha estado recientemente en Olot, donde la peste se está propagando con furor, y el período de incubación de la enfermedad puede ser de hasta seis días antes de que aparezcan los síntomas. Es enviado en desgracia al lazareto, donde se recupera de la enfermedad y se ve obligado a atender a los enfermos que llegan allí.

IX

A medida que pasa el mes de enero hay un lento pero constante tráfico de personas infectadas que son llevadas al lazareto y muchos que aún no han sido infectados empiezan a huir de la ciudad, especialmente los que ya habían visto en Girona lo que la peste puede hacer una vez está fuera de control. El pan es cada vez más escaso, la ley y el orden comienzan a flaquear, y hay asaltos nocturnos y asesinatos. Los consejeros tratan de mantener el control, utilizando castigos cada vez más severos como elemento disuasivo: en febrero, por ejemplo, un jardinero es acusado de asesinato, cortan sus manos, es azotado por las calles, y colgado en la horca. Pero el robo y la violencia continúan, muchas veces perpetrados por soldados locales, y pocas personas se atreven a salir de noche.

A pesar de que es aparentemente obvio, hay una gran reticencia a declarar oficialmente a Barcelona contaminada con la peste. Sin embargo, a estas alturas, el lazareto de Angels Vells ya es demasiado pequeño para hacer frente a la demanda y los enfermos están siendo trasladados al monasterio franciscano de Jesús en los terrenos inclinados al norte de la ciudad (cerca del Passeig de Gràcia y de la calle Aragó de los tiempos modernos). El malvado sobreviviente de la peste Campderrós va con ellos, pero enferma y muere. Solamente Dios sabe, rumia oscuramente Parets, si éste es el

castigo por entrar en Barcelona con síntomas después de visitar una zona infectada por la peste.

Hacia finales de febrero se adopta la decisión de juramento solemne a San Francisco de Paola y celebrar una procesión en su santo día (2 abril) con el fin de ayudar a proteger la ciudad de la peste. Entonces, en una ampliación de la estrategia de rogación destinada a tratar los problemas que afligen a Barcelona, la Santa Madrona es llevada a la catedral el 5 de marzo, un acto seguido por abundante lluvia que alivia la situación cada vez más desesperada en el campo alrededor. El trigo llega por barco desde Livorno, conteniendo la crisis en la ciudad, pero los que viven en la periferia rural están sufriendo hambruna, y cada vez es más difícil enviar pan para ayudarles. Además, el respiro meteorológico es corto y la sequía vuelve en abril, provocando una nueva reactivación del protocolo de ceremonias rogativas, con la Santa Madrona regresando a la catedral (24 de abril) y San Severo llevado por el centro con todos los honores seis días más tarde.

Pero a estas alturas ya están surgiendo fuertes dudas sobre la prudencia de animar a la gente a reunirse, incluso para venerar e implorar a San Severo. El ayuntamiento ha capitulado y declarado finalmente oficial el brote de peste, cancelando todos los negocios y mudándose en su totalidad a la ciudad de Terrassa al otro lado de la Collserola. Muchos ciudadanos ven como su optimismo era solo un simple deseo y huyen tardíamente de la ciudad para encontrar que no son deseados en ningún lugar. Los que quedan dentro de las murallas asumen una mentalidad de asedio. El Portal de l'Àngel se reserva exclusivamente para la tarea de llevar a los enfermos y muertos al Monasterio de Jesús. Se colocan postes fuertemente vigilados en tres puntos, uno en el oeste (cerca del Portal de Sant Antoni), uno en el este (cerca del Portal Nou), y uno abajo en el puerto (Portal del Mar) donde los barcos pueden traer provisiones.

X

El sistema de postes es simple pero funciona. Se cavan zanjas profundas y anchas y se atan tablones largos de madera a un eje metálico vertical situado en el medio de la zanja. Los tablones pueden girarse horizontalmente alrededor de este eje vertical, permitiendo el intercambio de comida y dinero sin contacto físico. El agricultor trae sus pollos, huevos, fruta o lo que tenga, lo coloca en el tablón y lo gira al destinatario (por lo general un repartidor) al otro lado. Si se acuerda un precio entonces el dinero es debidamente girado al agricultor, que pone las monedas en una olla de vinagre para limpiarlas de cualquier infección, y el repartidor se va a vender sus productos al mercado del Born. La pena por engañar es la muerte, asegurando que el sistema funcione bastante bien.

Se toman medidas para reducir el contacto físico entre la gente. Los monjes tienen un mayor riesgo en particular al estar obligados a administrar los sacramentos a enfermos y moribundos. Llevan sus sotanas más cortas hasta la rodilla para evitar el posible contagio desde el suelo, y mantienen a los enfermos a distancia segura cuando toman la confesión. Los sacerdotes recogen las hostias sagradas en la Capilla de Santa Ágata en el Palau Reial junto al Saló del Tinell. Para dar la comunión a los necesitados en la ciudad el santo sacramento se administra con la ayuda de una vara de plata, de nuevo evitando cualquier contacto físico, y a veces dan la extrema unción a una casa entera para no tener que volver.

En un mal día algunos monjes regresan a casa agotados después de ver hasta ochenta personas. Si están infectados por la enfermedad van al lazareto, o se recluyen en su monasterio hasta recuperarse o morir. Con la peste comenzando a alcanzar su pico entre mayo y julio, son los héroes de la crisis, abandonados por sus clérigos superiores y dejados a su suerte para continuar haciendo un buen trabajo.

XI

El 1 de mayo muere Josep Parets, con diez años y ocho meses y medio. Ha estado enfermo durante cinco años con algún tipo de enfermedad de huesos y poco a poco empeorando hasta que, su padre tristemente observa, está tan delgado y consumido que lo único que le queda son huesos y nervios. El niño ha sufrido tranquila y pacientemente, con su padre admirándole por ser el de mejor carácter y más sensible de sus hijos: un muchacho encantador. Tres días antes de su muerte Josep llama a sus padres a su habitación para mostrarles una aparición de la Virgen María, San José, Miguel Arcángel y una multitud de otros ángeles, acompañados de música y un olor a rosas. Su padre escribe lo afortunado que es el niño de ver todo esto mientras los padres no pueden ver nada. Al día siguiente, 2 de mayo de 1651, Josep es enterrado en el cementerio al lado de Santa María del Mar.

Poco después el joven Gabrielo enferma con síntomas de la peste, con una característica glándula linfática hinchada bajo el antebrazo izquierdo. Es cuidado por su madre que, el 8 de mayo, desarrolla dos dolorosos bubones en el muslo y la ingle. Una enfermera de peste es contratada y Elisabet se aísla en el ático de la casa de los Parets para dejar que la enfermedad siga su curso durante los próximos siete días. El 15 de mayo a las 10 de la mañana Elisabet pide ser vestida con su mejor ropa, que cambien la ropa de su cama, y que llamen a su marido.

Miquel sube al ático de la casa adyacente, desde donde puede verla y oírla poniendo sus asuntos en orden. Ella habla claramente y no parece estar especialmente enferma, pidiendo que den a la que la cuida varios artículos sagrados de la casa (velas y un crucifijo que cuelga sobre la cama). Encomienda los niños a su marido, pidiéndole que los eduque para ser buenos y virtuosos, y que cuide especialmente de Anna María, aunque Elisabet expresa sus dudas de que siga viva por mucho tiempo. El bebé está bajo

el cuidado de una joven enfermera mientras su madre está confinada en el ático, pero ha caído enferma el día anterior.

Miquel oye a su esposa decirle adiós y se derraman muchas lágrimas. Regresa abajo para dar los objetos sagrados a la enfermera que está asombrada por la calma y fortaleza de su paciente. Ningún sacerdote puede ser localizado, y cuando su marido sube de nuevo al ático Elisabet toma el crucifijo entre sus manos y se prepara para su muerte. Cuando sabe que ha llegado la hora, pide que enciendan las velas alrededor de su cama y muere entre las 12 y la 1 de la tarde, el día de San Isidoro. Miquel, que nunca pensó por un momento que su amada esposa pudiera morir en realidad, se da cuenta ahora de que ha ido a unirse con su hijo Josep. El matrimonio ha estado unido durante quince años, y pensaba que ella era maravillosa.

Elisabet es enterrada ese mismo día, también en el cementerio de Santa María del Mar. Al día siguiente muere la pequeña Anna María, de un año de edad, libre de síntomas de la peste pero enferma con una severa infección intestinal. Su padre la describe como un pequeño ángel, una muñeca de temperamento alegre y pacífico. Menos de quince días después Miquelo, su hijo de doce años y dos meses, desarrolla una inflamación linfática en la garganta. Al ver la posición del bubón, el médico inmediatamente le da por muerto. Su enfermedad dura sólo un día y medio, cuando el muchacho se asfixia repentinamente el 29 de mayo. Ya trabajando y buen marinero, Miquelo iba a ser la futura columna vertebral de la familia y apoyo de su padre.

Ambos niños son enterrados en el lazareto del Monasterio de Jesús, y su padre se queda con Gabrielo de tres años de edad que se ha recuperado completamente. De todos los niños, escribe Miquel, Gabrielo es el que tiene el carácter más difícil. Los dos salen de la ciudad cuando la peste está alcanzando su pico, con carretadas de muertos y enfermos alzando la población del lazareto al número inmanejable de

tres o cuatro mil. Muchos, incluso si sobreviven a la infección bubónica, mueren por falta de alimentos y cuidados. Mientras, padre e hijo son puestos en cuarentena en una cabaña en Sarrià antes de trasladarse a la casa de la suegra de Miquel, al tiempo que llega la noticia de que el ejército castellano está reuniendo sus fuerzas en Lleida y se espera que asedie Barcelona ese verano.

XII

Para mediados de verano la epidemia de peste parece haber terminado su recorrido. Se han realizado arduos esfuerzos para limpiar la ciudad, fumigar casas infectadas, prevenir el contacto y la transmisión, y forzar a cualquier persona que entra a someterse a controles estrictos que incluyen su paso y el de sus ropas a través de hornos especialmente contruidos. Muchos miles de personas han muerto, pero los sobrevivientes deben ahora reponerse y hacer frente a la próxima amenaza inmediata. El marqués de Mortara, el último virrey de Cataluña, tras un encuentro en Tarragona con su nuevo comandante militar don Juan José de Austria, está a punto de asediar la ciudad. Don Juan ha persuadido a Mortara para preparar un ataque inmediato contra Barcelona. Para finales de julio el ejército castellano, más de trece mil hombres, ya ha dejado Vilafranca para retomar la ruta de la Vía Augusta.

A principios de agosto, el ayuntamiento ordena a los habitantes de Barcelona que aún permanecen fuera de las murallas que vuelvan y se unan a las fuerzas de defensa de la ciudad, y Miquel Parets regresa a casa después de estar ausente sólo un par de meses. Todavía hay plaga alrededor, pero se ha reducido mucho. El ejército castellano toma posiciones, pero, consciente de la debacle de Montjuïc diez años antes, don Juan opta por un lento estrangulamiento de los sitiados, negándoles suministros por tierra y mar. Aún logran pasar algunas ayudas, principalmente en pequeñas

embarcaciones que traen mercancías de las aldeas costeras cercanas y evitan la vigilancia de la flota española. El asedio continúa hasta el próximo año, a medida que la plaga sigue disminuyendo, Parets escribe cómo el 6 de abril de 1652 el Monasterio de Jesús es finalmente cerrado como lazareto. La batalla contra *Y. pestis* parece por fin haberse ganado, pero las posibilidades de una segunda victoria sobre el rey español son cada vez más sombrías.

La esperanza brota nuevamente en la ciudad el 3 de agosto cuando un escuadrón de ayuda llega de Marsella, escoltado por ocho buques de guerra e intenta romper el bloqueo español. Pero después de cuatro días de maniobra frustrada se ven obligados por la flota más fuerte de don Juan a retirarse y volver a casa. Es la última oportunidad para una ciudad hambrienta. En una vuelta final de tornillo, Mortara se centra en someter a los pueblos costeros responsables del contrabando de suministros en la capital, lo que hace con firmeza y éxito, pero con mínima violencia, persuadiendo a la mayoría de que la resistencia es inútil.

Una Barcelona muriéndose de hambre se rinde finalmente el 12 de octubre de 1652. A la guarnición de tres mil soldados franceses y suizos se le permite salir de la ciudad y regresar a Francia, llevándose con ellos sus armas y pertenencias. Felipe IV es aceptado como rey y, al igual que en Lleida, se compromete a mantener la constitución, aunque la ciudad pierde sus privilegios militares y es movilizadada contra sus antiguos aliados, con el foco de la guerra moviéndose hacia el norte. Mientras tanto la plaga se inflama nuevamente, probablemente traída por las tropas recientemente estacionadas entre las murallas de la ciudad. Estas tropas, desnutridas, indeseadas y lejos de casa (muchos son de origen irlandés) se ven obligadas a dormir en las calles, "completamente perdidas" como escribe Parets.

Se establece un nuevo lazareto, esta vez justo dentro de las murallas de la ciudad en el Monasterio de Nuestra Señora

de Nazaret y una vez más la Capilla de Santa Ágata es usada para albergar las hostias sagradas para las víctimas mortales de la peste. Pero ahora, sin embargo, existe ya un protocolo bien desarrollado y estricto para controlar la propagación de la enfermedad, y este nuevo brote resulta mucho menos severo. Parets describe cómo los cadáveres son llevados por la noche al cementerio de Nazaret, seguido de una completa incineración de la cama, cortinas, ropa y otras pertenencias de la víctima, sin excepciones. Si el fallecido es catalán la quema es asistida por un concejal; si no entonces un oficial del ejército español está presente. En medio de todo esto, Miquel Parets se casa por tercera vez, el 6 de enero de 1653. Su tercera esposa es Marianna Vinyes, hija del comerciante Pau Vinyes y Jerònima Grosset. Marianna es también de la parroquia de Santa María del Mar y enviudó durante la epidemia de peste.

Con la enfermedad finalmente disminuyendo en la primavera de 1654, se programa una gran procesión para el sábado 2 de mayo para dar gracias. Parets describe gigantes, dragones, serpientes, demonios y caballos, una noche de hermosa lluvia abundante, más festividades el domingo, y un abrumador bendito alivio en la ciudad por haber sobrevivido a las pruebas de la pestilencia y la guerra. Él continúa su crónica otros seis años y tiene cuatro hijos con Marianna, dos de ellos, Marianna y Miquel, logran sobrevivir la infancia.

Las notas finales en la crónica de Parets son de 1660, y Miquel muere el verano siguiente a los cincuenta y un años, sobrevivido por su tercera esposa y tres de sus once hijos, Marianna, Miquel y Gabrielo. Cuatro años más tarde, Gabrielo Parets i Mans, de diecisiete años, toma los votos para convertirse en sacerdote agustino y entra en el Monasterio de Santa Mónica. Todavía vive cerca de treinta años más, hasta 1693, pero después de este año se pierden los registros y desaparece en el anonimato del tiempo al que todas las vidas están eventualmente destinadas.

Notas

8. I. Detalles relativos a la observación paralela del bacilo de la peste de Alexandre Yersin y Kitasato Shibasaburō se pueden encontrar en el artículo de 1976 de David J. Bibel y T. H. Chen titulado *Diagnosis of Plague: an Analysis of the Yersin-Kitasato Controversy*, publicado por la *American Society for Microbiology* y disponible gratuitamente en la Web.

8. II. Los efectos de la peste bubónica en la ciudad de Valencia en 1647 fueron presenciados y registrados por el sacerdote y médico Francisco Gavaldá (1618-1686) que, inusualmente, proporcionó estadísticas sociales y comentó sobre la realidad detrás de quienes estaban más probablemente infectados por la enfermedad: "La suerte de la gente que murió fue ésta: caballeros ninguno, porque menos los oficiales reales y uno u otro, todos vaciaron la tierra; juristas ninguno; notarios uno u otro; a los entretenidos y gente de paseo dexó Dios para que se sazonan; los muertos fueron oficiales, labradores y regularmente toda gente de trabajo, a los cuales hallaba el mal cansados y mal alimentados. Lo propio sucedió con las mujeres... vimos en este año una común necesidad y pobreza en Valencia; tanta, que me constó a mí, pasaba mucha gente sólo con pan y uvas. Fue fuerza que este alimento hiciera muchos males". Véase el artículo del 2006 titulado "Francisco Gavaldá, adelantado en el estudio social y estadístico sobre la peste (1679)", de José María López Piñero en la *Revista Española de Salud Pública* disponible gratuitamente en la Web.....

8. V. Javier Hernández (2013) describe las incursiones militares de d'Ardena a través de la frontera catalano-valenciana en "Incursiones y operaciones navales franco-catalanas sobre la frontera valenciana durante la guerra de los Segadors. La invasión de don Josep d'Ardena (noviembre de 1649)", publicado en *Centre d'Estudis del Maestrat* (CEM).

8. VI. Los doctores de la peste tales como March i Gelpí fueron utilizados a través de Europa como especialistas contratados por una ciudad durante un brote de la enfermedad, aunque con frecuencia no tenían éxito ni experiencia, ni estaban en la cima de su profesión. En el caso del doctor March i Gelpí, sin embargo, parece que era tan apreciado por la ciudad de Barcelona que accedió a pagar 675 ducados para recuperarlo de las manos del enemigo castellano. El señor Matas era claramente menos estimado, siendo liberado para volver a Barcelona con la promesa del rescate. Los cirujano-barberos como Matas tenían una amplia gama de deberes muy prácticos como cortar el pelo,

aplicar sanguijuelas y amputar extremidades: fueron los técnicos médicos de la Europa medieval. La cirugía en ese momento, mucho antes del uso de la anestesia, no era algo considerado para los médicos que trabajaban en las universidades.

8. VII. El relato de Miquel Parets de la epidemia de la peste bubónica de 1651-54 en Barcelona es el tema del libro de James S. Amelang titulado *A Journal of a Plague Year* (Oxford University Press 1991). Amelang toma su título de la narrativa sobre la plaga escrita por Daniel Defoe y publicada en 1722, pero señala que la crónica de Parets es muy diferente. Mientras que el narrador del relato de Defoe (supuestamente talabartero) probablemente nunca existió y era un personaje ficticio utilizado para una reconstrucción histórica, Miquel Parets fue un auténtico testigo y superviviente que sufrió con la ciudad y su familia. Amelang ve la crónica de Parets como "el más extenso relato popular que ha quedado de la experiencia de la peste en la historia de Europa" y el texto transmite la brutal realidad de la experiencia con un claridad y franqueza que a veces, en particular en lo que respecta a la historia de su propia familia, es bastante angustiante. Muchas de las secciones de este cuento provienen de la traducción de Amelang.

8. VIII. El primer caso claramente probado de peste bubónica en la casa de Martín de Langa en la calle Nou de Sant Francesc (que desciende hasta el mar una manzana al este de la Rambla) parece en realidad no haber sido el primero. Parets comenta sobre rumores de que la enfermedad ya estaba en la ciudad durante quizás al menos dos semanas o antes, pero había sido mantenida en silencio por las familias involucradas. Los implicados eran un abogado llamado Tristany y un zapatero llamado Matas (en cuya casa supuestamente murió alguien antes de Navidad), ambos vivían cerca uno del otro en el centro de la ciudad medieval justo al este de la plaça de Sant Jaume.

8. IX. James Amelang señala que San Francisco de Paola era un vegano autoflagelante, modelo penitente de Calabria reconocido por sus potentes poderes taumatúrgicos (milagrosos). El santo también fue invocado para evitar las epidemias de la peste en otros lugares en el siglo XVII en España, como en Girona y Mallorca.

8. X. Los postes también se utilizaron como punto de encuentro para comunicarse entre los de dentro y fuera de la ciudad. A finales de mayo, por ejemplo, Jean-Gaspard Ferdinand de Marsin, todavía comandante militar de Cataluña, visitó uno de los postes para informar a los

consejeros municipales de que el ejército castellano se organizaba en el oeste de Cataluña con la intención de sitiar Barcelona. El general francés estaba acampado junto al río Besòs en Granollers, treinta kilómetros al norte, lejos de la ciudad en cuarentena.

“En un mal día algunos monjes regresan a casa agotados después de ver hasta ochenta personas”. Miquel Parets escribe sobre estos sacerdotes cuando salen muchas veces en el auge de la peste... y dan la comunión a setenta u ochenta personas antes de volver a casa. De manera que el pobre monje está agotado cuando regresa a la iglesia de una caminata tan larga y después de haber subido tantas escaleras, porque la mayoría de los enfermos están en el ático para que no tengan contacto con nadie, salvo con la persona que les cuida (*A Journal of a Plague Year* de James S. Amelang, publicado en 1991 por Oxford University Press).

8. XI. La historia de Parets sobre la muerte de su amada esposa es la parte más conmovedora de su crónica. Amelang traduce sobre la fortaleza mostrada por Elisabet afrontando su propia muerte: "Entonces me dijo adiós con muchas lágrimas ... y cuando supo que ya era hora de que muriera, pidió que encendieran las velas, y con las velas y el crucifijo en sus manos murió entre las doce y la una de la tarde, el día de San Isidoro, 1651. Que Dios la cuide en el cielo."

8. XII. En el apogeo de la epidemia de peste, en junio de 1651, Parets describe escenas horribles de la ciudad con constantes carros llenos de cadáveres vestidos y desnudos, el lazareto desbordado con enfermos y moribundos, las puertas de las casas infectadas marcadas con la cruz blanca de Santa Eulalia y una soledad penetrante acompañada de la ruptura con el contacto social y la empatía. Pero entonces, poco a poco, las cosas mejoraron hasta un punto en el que, para la Pascua de 1652, el personal médico que asistía a las víctimas pudo finalmente ser despedido. Parets está convencido de que la lentitud en la recuperación de la epidemia se debió al asedio en curso, con los soldados del rey español robando casas infectadas con la peste y luego entrando en la ciudad como prisioneros de guerra, mensajeros o desertores. Describe cómo los que entraban por detrás de las líneas enemigas eran obligados a desvestirse y pasar a través de hornos (con su ropa colocada en un horno más caliente) y comenta irónicamente que después de todas las medidas preventivas Barcelona estaba por una vez bastante limpia.

Miquel Parets claramente, y con razón, lamentó su decisión de permanecer en Barcelona durante la epidemia. En más de una ocasión en su narración comenta que siempre es un error quedarse en la ciudad una vez que la peste se ha apoderado de ella. No sólo el riesgo de

transmisión de enfermedades se reduce considerablemente al salir, pero en las primeras etapas es más fácil encontrar lugares para refugiarse. En el momento en que la plaga se hizo oficial y alcanzó su pico todos los refugiados de Barcelona fueron *personae non gratae* en todas partes, con barricadas establecidas para asegurar que "ni siquiera un gato pudiera pasar". Estos refugiados podían estar durmiendo a la intemperie mientras buscaban un lugar protegido en el que pasar la obligada cuarentena de cuarenta días. Con el beneficio de una visión retrospectiva concluye con amargura: "Digo que es muy correcto huir para no sufrir esta enfermedad, pues es lo más cruel".

UNA NOTA SOBRE EL AUTOR

Wes Gibbons es un geólogo británico que nació en Londres y más tarde vivió en Portsmouth y la Isla de Sark. Entre 1980 y 2004 estuvo inmerso en una carrera académica de docencia e investigación en la Universidad de Cardiff. Durante este tiempo le concedieron nombramientos sabáticos como catedrático en universidades en Canadá y los EEUU, y ejerció como Secretario de la Sociedad Geológica de Londres. Se trasladó a Barcelona en 2004 y actualmente vive en Barcelona y Sitges. Sus publicaciones incluyen libros sobre la geología de Sark, Weald, Córcega, España, Chile, Japón y Barcelona. Para más detalles véase *About the Author* en <http://barcelonatimetraveller.com>.

